

PICOS DE EUROPA

LA VI^a ASCENSIÓN AL NARANJO
DE BULNES

Hoy nos toca registrar con orgullo, la segunda ascensión vascongada al ya famoso Naranjo de Bulnes (2.515 m.), en los picos de Europa (1).

Esta difícil y arriesgada escalada ha sido llevada a cabo el día 3 del corriente Agosto por Enrique de Echebarrieta, acreditado trepador del «Erando-Club» y querido compañero nuestro en la Directiva de esta Federación.

Echebarrieta, compañero de Sopena en su frustrada tentativa de 1924 para culminar sin ayuda de guía la gigantesca mole, después del brillante triunfo de este último el año pasado, ha sentido despertar vivamente sus ansias de victoria y allá se ha ido, retador como un mosquetero, al pie de los recios paredones del peñón de Urriello.

Le acompaña el habilísimo y valiente guía de Camarmeña, Víctor Martínez Mier, y efectúan la ascensión y el descenso por la vertiente S.

El éxito ha coronado los esfuerzos y la ilusión del nuevo triunfador. Felicitémosle y felicitémonos los montañeros vascos agrupados en esta F. V. N. de A., de la nueva victoria de uno de los nuestros, sobre el más bravo picacho de la Península.

* * *

Hoy, los picos de Europa, pudiéramos decir, vienen a estar de moda; hacia ellos dirigen muchos la vista y no pocos sus pasos.

Los alpinistas de pró, como heridos en su amor propio de escaladores, se lanzan hacia el coloso de los Urrieles, hacia el fiero Naranjo de Bulnes

¡Montañeros! Sosegad vuestra mente caldeada por la fiebre de una pugna acrobá-

(1) Véase *Pyrenaica*, vol. I, núm. I, página 12 y siguientes.

tica. Ejercitad, sí, vuestras aptitudes, pero siempre siguiendo el curso natural de vuestras aficiones, sin forzarlas por ajenos estímulos.

El alpinismo, aun el más arriesgado, ha de ser consciente, y el temperamento luchador del individuo ha de controlarse debidamente para que, de viril y razonado empuje, no degenera en manía precursora de lamentables desgracias.

•••

Y ahora, cedamos la palabra a nuestro querido Echebarrieta, quien, con su peculiar modestia y simpatía, va a contarnos su aventura.

MI ESCALADA AL NARANJO DE BULNES

(3 de Agosto de 1926)

Siempre los Picos de Europa tuvieron para mí cierta atracción desde que, asistiendo a la escuela de mi pueblo natal, Bakio, conocí el hecho notable ocurrido a las huestes de D. Pelayo, y que los naturales lo refieren de esta manera:

«Fué el suceso portentoso ocurrido en la retirada o huida de los ejércitos mahometanos inmediatamente después de la batalla de Covadonga. Frustrada la tentativa de los árabes que invadieron Asturias, quienes creían empresa fácil acabar con las huestes de D. Pelayo, emprendieron una retirada por los Picos de Europa, descendiendo a los valles de Liébana, sin duda con intención de proseguir la marcha hacia los Campos Góticos (Castilla y León). Apenas habían invadido el territorio de Liébana, sobrevino el derrumbamiento espantoso del monte Subiedes, cerca de Cosgaya, a orillas del río Deva, y el ejército mahometano quedó sepultado bajo aquellas moles de peñascos gigantescos y tierras derrumbadas, que hoy mismo demuestran al observador todas las señales de haber ocurrido allí un terrible cataclismo geológico.»

El misterio que yo hallaba en esto, y el deseo de conocer alturas que depasaran a nuestro Gorbeya, me llevó el año 24, juntamente con mi amigo de aventuras, Angel Sopeña, a los Picos de Europa. Emprendimos la subida desde Espinama, y pasando cerca del Pico Valdecoro, llegamos a los Puertos de Aliva; rozamos a Peña Vieja e internándonos por Tiros del Rey, Hoyo sin Tierra, Canal del Camburero y Bulnes, terminamos nuestra excursión en Arenas de Cabrales. Este viaje nos dió ocasión de hacer algunos intentos a la brava peña conocida por el Naranjo de Bulnes, cuyos resultados creo han llegado a conocimiento público. Ante el intento frustrado, durante estos dos años he tenido delante de mí al retador Pico, y, el 2 de Agosto del corriente año, en el tren de las 7-40, empecé mi viaje con la intención de conocerlo más a fondo. Llegué a Santander a las 11-45 y, después de comer en dicha ciudad, salí por el tren del Cantábrico a las 1,30. Descendí en Llanes, pero habiéndome comunicado que no tenía combinación de automóvil, alcancé el mismo tren que hace parada de unos 10 minutos y me apeé en

la estación de Posadas a las 5,30. Inmediatamente alquilé un taxi que me condujo a Poncebos.

Eran las siete y media de la tarde cuando emprendí la subida del sendero que, en pronunciados zig-zags, asciende desde la Electra de Viesgo a Camarmeña. Mi intención era la de encontrar al guía Victor Martínez quien tanta facilidad tiene para llevar a cabo el fin que yo me proponía. No había aún llegado a Camarmeña cuando apareció en sentido contrario una anciana y habiéndola preguntado por Victor, me contestó que se hallaba en las praderías, dándose el caso de que esta señora era la madrina del citado guía. Acto seguido, siguiendo el sendero que por las orillas del Cares, cuyas heladas aguas resbalan azuladas, conduce a Bulnes y, enfilando el riego del Tejo, llegué a dicho pueblo a las nueve, dirigiéndome a casa de mi amigo del año 24 Manuel Mijé quien conocimos Sopeña y yo el citado año en circunstancias interesantes. El pueblo de Bulnes hállase dividido en dos partes. La principal, en la que yo me hallaba, constará de unas veinte casas reunidas como un racimo y la otra se halla situada a unos diez minutos algo más arriba sobre bravía roca. Fui recibido y tratado con el mayor esmero, me pusieron la mejor cama, sirviéronme leche y atendieron debidamente a todas mis necesidades. Habiéndome hecho conocido del maestro del lugar, un chico listillo de unos 19 años, este se ofreció acompañarme al día siguiente 3, en mi excursión.

A las 6,30 de la mañana emprendimos la ascensión por el penoso sendero del canal de la Jeguera, cubierto de buenos bloques de piedra y que partiendo de Bulnes, conduce a la pradería que sobre el collado de Pandébano se halla.

Prometía buen día: la niebla, que veloz corre por la garganta, ha humedecido la hierba, el maestro calza alpargatas que se hallan ya mojadas; yo con mis albarcas navarras me defiendiendo bien de la humedad.

Ya comienzan a divisarse con profusión dibujos y perfiles de picos y horcados, cresterías afiligranadas, picachos y agujas que parecen remate de torres góticas.

A las ocho y media de la mañana llegamos a la pradería donde los pastores, aquí y allí, siegan la hierba con sus hoces que rechinan constantemente. Hierba que los naturales aman como al oro pues ha de servir de sustento al ganado durante el frío invierno. Llegamos al fin a la pradería que pertenecía al hombre que yo buscaba; allí en un rectángulo del verde, hallábanse dos, que acompasadamente segaban la ya casi amarillenta hierba.

Le comuniqué mi intención y, a continuación de un frugal desayuno, emprendimos el viaje a las nueve y treinta. Pasamos por las majadas que en número de unas 15 aproximadamente se hallan en el lugar y, asomándonos al collado de Pandebano, dimos vista a Sotres. Subiendo una empinada cuesta que ofrecía el rocoso monte, entramos en las cercanías de las Moñas pasando a poca distancia de la Cabeza de dicho nombre, e internándonos hacia el Sudeste, aparecieron ante nuestros ojos los acantilados de Andara, Tabla de Lechugales, Pico Cortes etc.

Internándonos así por caminos extraviados, rozamos a Peña Castil (2.441 mts.) y, entrando por horcadas, descendiendo hoyos y subiendo canalones nos situamos en la base del monolito de mis aspiraciones, sobre el canal de la Celada, durando unas cinco horas nuestra excursión hasta el pie del Naranjo. Este no era el camino más recto pero, según pude desprender después, quiso el guía comprobar mi agilidad en la roca para dar más confianza a la empresa. Eran las dos y treinta de la tarde cuando,

dispuesta la cocina, atendimos a las necesidades de nuestros exigentes estómagos y a continuación de un breve descanso, a las cuatro, nos acercamos más a la base de la rocosa mole.

El guía me condujo al lugar donde mi antecesor, querido amigo Sopena, emprendió el año anterior la subida y ya en el comienzo, atóme por la cintura una cuerda de unos quince metros que con este objeto habíamos llevado. Los diez primeros metros los escalé con facilidad, pero a continuación se presentó la roca en forma de pared. Dejándome en mi descanso, escalaba Víctor sin ver yo donde se agarraba. Después deduje que su maña y fuerza son tales, que se aprovecha para la escalada de cualquier agujero por pequeño que sea al que yo no hubiera confiado mis dedos por temor a que fallaran; también se aprovecha de los canales que a fuerza del tiempo han surcado las aguas de las lluvias en la peña, llamados por los naturales llambrias, en los que metidos sus pies al hacer presión para los costados le sostienen con facilidad. Ya él en lugar de buena base para su pie, me hacía subir como pudiera y en lugares donde yo no encontraba apoyo me izaba a fuerza de brazo. Salvando de esta manera unos cinco o siete trozos, más otros de relativa facilidad, llegamos a la parte en que la pared se dobla para el interior y la subida no ofrece mayormente ningún peligro al alpinista un poco acostumbrado a la roca. Al llegar aquí me dijo Víctor. «Ya hemos pasado lo peor, de aquí para arriba yo soy el carro y usted el caballo»; efectivamente llegué antes que él a la cumbre.

Grande fué mi emoción al hallarme en la cumbre del Naranjo que yo aspiré a pisar en estos dos años. Traté dar gritos que ensalzaran a mi País y a mi Club pero no fueron estos más lejos de los tres o cuatro picachos que forman la cima del Naranjo; mi garganta estaba muy seca, nunca la he conocido igual.

Busqué en el montón de piedras sobre las que se yergue un asta, las huellas de mi antecesor Sopena y efectivamente hallé su obra «Guía índice del Montañero de Vizcaya», bastante roída por cierto por el aire o por algún insecto, y en el interior su tarjeta Recogí ésta y volví a dejar en su lugar la obra de Sopena, introduciendo en la misma mi tarjeta. Saqué el asta en cuyo extremo superior se hallaban adheridos trozos del pañuelo que dejara Angel y coloqué uno nuevo a guisa de banderín.

A continuación disparé unas fotografías, Víctor me enfocó una, y procedí luego a la exploración de toda la cumbre. Desparramados hállanse grandes peñascos sueltos que así han quedado, seguramente como consecuencia de los rayos que en todas las cumbres azotan.

Permanecemos en la cumbre durante un cuarto de hora aproximadamente y en ese tiempo pude apreciar la grandeza de la vista que se ofrecía: A mis pies el canal del Camburero; en su fondo, el diminuto refugio blanquecino, el hoyo Carnizoso, un poco a mi derecha las Moñas, torciendo más aún el macizo de Andara, a mi izquierda los Urrieles y a sus pies el Neveron con la provisión almacenada en su seno para todo el verano; tras mi, muy lejanas, las Peñas Santas y más cerca Llambrión y Cerredo; al Norte y al fondo, el azulado mar, bajo el cual y sobre los picachos se extendía la permanente niebla.

Al fin llegó la hora de descender, lo que efectuamos por el mismo lugar y bajando yo primero, atado en la forma de ascenso. Salvados todos los trozos difíciles, fácilmente fueron pasados los de menos seriedad y, después de alguna que otra emoción de re-

sultas de hallarme casi al aire en la cuerda, dí fin a mi aventura sin más consecuencia que unos pequeños rasguños en mis codos y la rotura completa de las alpargatas por las que hambrientos asomaban los «dátiles» algo maltratados de mis pies.

Horario aproximado. Comienzo, a las cuatro; llegada a la cumbre a las cuatro y media; permanezco hasta las cuatro y cuarenta y cinco; llegada a la base a las cinco y media.

Serían las seis de la tarde cuando emprendimos la vuelta por las Moñas, pero esta vez dando vista al precipicio que cae sobre el canal del Camburero; a las ocho, pasamos por las majadas que en este macizo se levantan y a las nueve y media llegamos a las del lugar donde procedía Víctor; allí después de un descanso y con un abrazo al guía nos despedimos, tomando el sendero hacia Bulnes el maestro y yo a eso de las diez de la noche, con niebla y a oscuras. Muy despacio, pues apenas podíamos divisar el blanco de la piedra que revestía el sendero, y guiados por las luces que en el fondo del collado parpadeaban débilmente irrumpimos en Bulnes a las once, con los pies muy fatigados. En casa me estaban esperando y a falta de alcohol hubo necesidad de unas frotaciones exteriores de aguardiente.

Al día siguiente día 4 a las ocho de la mañana, salí para Arenas de Cabrales, a donde llegué a las diez y media.

Un automóvil de alquiler me condujo a Unquera a donde llegué a las dos menos cuarto, con tres minutos de anticipación al tren; a las cuatro y media estaba en Santander donde alcancé el tren de las cinco para Bilbao, llegando a la Invicta a las nueve de la noche.

ENRIQUE DE ECHEBARRIETA

Bakio, 8 Agosto 1926

